



Pol Pot, 1980. Fotografía: Corbis.

SALOTH SAR: nacido en 1928, hijo de un terrateniente, creció en el entorno del palacio real, sometido al control de una prima, bailarina de palacio y luego consorte real. También fue consorte real una de las hermanas de Saloth Sar. Cuando ya era conocido como Pol Pot o «Hermano número uno», una de sus decisiones fue masacrar a las trescientas bailarinas de palacio. Enviado a Francia a estudiar electricidad estudió poco de esa materia y mucho de los textos ortodoxos del comunismo de la época (*El manifiesto comunista* de Marx y Engels, *El imperialismo, fase superior del capitalismo* de Lenin, *El marxismo y la cuestión nacional* de Stalin y, sobre todo, el *Compendio de la historia del Partido Comunista Bolchevique de la URSS*, ese folleto infumable que resumía todo el aparato ideológico leninista y la colección de máximas y principios de la estrategia y la táctica bolchevique, para aprendizaje general). Se integra en el llamado «Grupo de estudio de París», nacido en el seno de los grupos lingüísticos creados por el Partido en Francia, en el momento de más auge del estalinismo en el comunismo francés, entre los años 1949 y 1952, los años de la campaña estaliniana judeófoba contra lo que llamaba cosmopolitas desarraigados, de la guerra de Corea y del triunfo de Mao.

IENG SARY: Nacido en 1925, el «Hermano número tres» o Camarada Vann, huérfano a los quince años, acogido por su tío, tras estudiar, como Saloth Sar, en el Liceo Francés de Phnom Penh, completa sus estudios en Francia gracias a la ayuda económica de una de sus cuñadas. El Liceo Francés o Liceo Preah Sisowath, fundada en 1873 como una escuela para formar a los miembros de la administración colonial francesa, desde 1933 impartirá un bachillerato completo. Su carácter exclusivo se demuestra considerando que en 1954 solo ciento cuarenta y cuatro camboyanos habían finalizado sus estudios. Ieng Sary, en París, alquila un apartamento en el barrio Latino y se une al círculo de Saloth Sar. Antes de marchar para París, Ieng Sary y Saloth Sar se hacen novios de dos hermanas con las que se casarán más tarde. Ambas irán a París a estudiar.

KHIEU THIRITH: Nacida en 1932, tras su matrimonio fue conocida como Ieng Thirith. De familia opulenta, hija de un juez que abandonó a su familia por una princesa en los años de la Segunda



Guerra Mundial, tras estudiar en el Liceo Sisowath de Phnom Penh, lugar en el que se compromete con Ieng Sary, viaja a París y estudia Literatura Inglesa en la Sorbona, especializándose en la obra de Shakespeare y convirtiéndose en el primer camboyano que obtiene ese título. En 1951, en París, se casa con Ieng Sary.

KHIEU PONNARY: O «Hermana número uno», nacida en 1920, hermana de Khieu Thirith, es la primera mujer que obtiene un título de bachillerato en el Liceo Sisowath, en 1940. Nueve años más tarde se instala en París con su hermana pequeña y estudia Lingüística Jemer. Se casa con Saloth Sar un catorce de julio, de vuelta en su país y cuando ya está trabajando como maestra en el liceo en el que había estudiado.

KHIEU SAMPHAN: 1931. Hijo de un juez provincial en la administración colonial, su vida cambió cuando su padre fue detenido por corrupción y su madre tuvo que dedicarse a la venta de fruta para sobrevivir. Logra ingresar en el Liceo Sisowath y marcha a Francia a completar sus estudios. En la Universidad de Montpellier se licencia en Economía y, más tarde, en París, cuando ya forma parte del «grupo de estudio», se hace doctor con una tesis sobre la economía de su país y sus problemas de industrialización. A su vuelta a Camboya dirigirá el periódico *L'Observateur* y, abducido por el antiamericanismo momentáneo del eterno y camaleónico Sihanouk, entrará, junto con algunos de los más brillantes de su generación, como Hu Nim y Hou Youn, en el Gobierno y en la Cámara de Representantes.

SON SEN: Nacido en 1930, en una familia de propietarios agrícolas, se hace maestro y recibe una beca para estudiar en París en la década de los cincuenta, que le será retirada por sus actividades políticas. A su vuelta enseña en el Liceo Sisowath y termina trabajando en el Instituto Nacional de Enseñanza que dependía de la Universidad de Phnom Penh.

HU NIM: A diferencia de los anteriores, Hu Nim, nacido en 1932, del que conocemos bien sus orígenes por la confesión que escribió antes de ser torturado y ejecutado, fue muy pronto huérfano de padre y su madre tuvo que dedicarse al oficio de sirvienta para mantenerlo. Tras demostrar que era estudioso en la primera escuela a la que asistió, obtuvo plaza en el Liceo Sisowath y allí, mantenido por la familia de su futura esposa, recibe su título de bachillerato en 1952, momento en el que comenzó a trabajar como profesor mientras estudiaba Derecho y



Economía. En 1956 pudo marchar a París a realizar estudios de derecho y de aduanas, y se integró en el grupo de exiliados camboyanos comunistas. A su vuelta entrará en la política como diputado y en la Administración hasta que, en 1967, ante la amenaza de su encarcelamiento huye y se une a Pol Pot y Ieng Sary, que ya habían pasado a la clandestinidad desde 1963.

HOU YOUN: Como Hu Nim, Hou Youn era de origen humilde, hijo de campesinos. Por sus propios méritos logró ingresar en el Liceo Sisowath. Brillante y capaz, consigue viajar a París y estudiar Derecho y Economía, doctorándose con una tesis controvertida sobre el campesinado camboyano y su modernización, en la que planteará la posibilidad de construir un desarrollo económico potente sin pasar previamente por una etapa industrial y urbana. Esta tesis influirá en el ideario de los jemereros rojos. Su capacidad le convierte en el líder de los estudiantes camboyanos de izquierdas y viaja por todo el mundo. A la vuelta a su país se hace profesor, pero continúa su actividad política e intelectual, en la que destaca. Como Hu Nim ha de huir en 1967 para evitar su arresto.

NUON CHEA: Nacido en 1926, también conocido como el «Hermano número dos», de familia acomodada de comerciantes y artesanos, mayor que los demás dirigentes del Angkar, cursó estudios universitarios en Bangkok, en donde se hará comunista. A su vuelta realiza actividades guerrilleras hasta que, haciéndose pasar por un hombre de negocios, se dedica a la propaganda y asciende hasta el cargo de secretario general del Partido Comunista de Kampuchea. En esa época, comienzan los contactos con los comunistas vietnamitas que llevaron a estos a la invasión de 1970 y a pensar erróneamente que era su «hombre en la Habana».

KAING GUEK EAV: Conocido como Duch, nacido en 1942 en una familia sin recursos. No comienza sus estudios hasta los nueve años, pero demuestra una notable capacidad sobre todo en matemáticas, en las que obtiene un premio nacional. Un comerciante de su región pagará sus estudios y en 1962 ingresa en el Liceo Sisowath, en el que se gradúa con la segunda mejor nota del país, en 1964. Da clases como profesor hasta que en 1967 huye a las montañas uniéndose al Partido Comunista de Kampuchea.

Estos son algunos de los más importantes dirigentes del misterioso Angkar que dominaba Camboya desde 1975 y del que no se supo hasta 1977 que se trataba del Partido Comunista de



Kampuchea. En ellos vemos una serie de elementos comunes: la mayoría eran de clase media y alta; todos tenían estudios; la mayoría estudió o trabajó en el Liceo Sisowath, la escuela más prestigiosa de Camboya; la mayoría estudió en París; la mayoría absorbió en París la doctrina comunista imperante en el entorno del PCF en aquellos años; casi todos trabajaron más tarde como profesores; todos eran comunistas; muchos de ellos tenían razones para el resentimiento; la mayoría fueron o son unos genocidas.

El genocidio camboyano fue negado como tal durante mucho tiempo, con el argumento de que se había producido sobre el propio pueblo y el autogenocidio era una contradicción en sus términos. Eso es *bullshit*. Es genocidio porque se buscó la desaparición de grupos concretos determinados arbitrariamente. Los jemeres rojos asesinaron a prácticamente todos sus oponentes políticos: más del 80% de los oficiales del ejército republicano controlado por el dictador Lon Nol, títere norteamericano; más del 65% de los policías; más del 60% de los funcionarios. De los quinientos cincuenta magistrados del país solo se salvaron cuatro. Se trata de muchísimos muertos, pero en total ellos y sus familias «solo» suponían un 5% de la población de Camboya en ese momento, que era de unos siete millones y medio de personas. Sin embargo, los cálculos de descenso de población entre los años 1975 y 1979 se mueven entre el 20 y el 30%; es decir, en esos cuatro años la población no solo no se incrementó en absoluto, sino que descendió en una cifra de entre un millón quinientas mil y dos millones doscientas mil personas. Esas son las cifras del genocidio camboyano. Si excluimos a los opositores ¿se puede decir que las muertes fueron producto de un momento de violencia inusitada pero sin que afectase especialmente a determinadas categorías raciales, sociales o políticas? No.

La violencia se va a descargar sobre tres grupos arbitrariamente definidos: el primero es el de los traidores. Estos simplemente han de ser eliminados. Originalmente incluye solo a los oponentes políticos, citados anteriormente; sin embargo, rápidamente se ampliará a los enemigos interiores, dentro del propio partido. Los primeros en caer serán los que en 1975 atendieron las llamadas de reconciliación emitidas por algunos de los dirigentes jemeres. Pero la purga no se detuvo allí. Se calcula que alrededor del 50% de los miembros del partido fueron ejecutados, sobre todo a partir de 1977. La por desgracia célebre prisión de Tuol Sleng, S-21, museo del genocidio, era la cabeza de una red de prisiones, más de ciento cincuenta, que buscaban extirpar la enfermedad, el germen burgués que anidaba también en el partido, como decía el propio Pol Pot. La finalidad higienista



se evidencia en el hecho de que se arrestaba al «traidor» y a todos los miembros de su familia y casi todos eran ejecutados, normalmente tras terribles períodos de tortura y confesiones. Se calcula que en las prisiones pequeñas, el índice de liberaciones rondó el 25%, en las de zona el 10% y en la S-21 prácticamente fue de cero, ya que de entre catorce mil y dieciséis mil prisioneros, incluidos bebés y niños, solo sobrevivieron siete.

No hay, además, razones para pensar que la voluntad extirpadora fuera cínica. Los mandos de los jemes rojos eran, en su mayoría, profesores, intelectuales, muchos por cierto de origen «extranjero» (con antecedentes chinos y vietnamitas en su mayor parte, es decir, de profesionales y comerciantes). Cuando huyeron a los bosques se encontraron con una sociedad para ellos desconocida, de campesinos supuestamente no infectados por el capitalismo, y organizaron su ideología sobre una base pura y dura: la del hombre que nace del grano de arroz, aplicándole sus modelos teóricos. Desconectados prácticamente durante los cinco años de guerra civil del mundo, crearon una cultura paranoica de la autosuficiencia, que bebería de los postulados de algunas de esas tesis que hemos visto en las pequeñas biografías de sus dirigentes, y regada por las ideas de la revolución cultural de Mao y, en última instancia, por algo que siempre resultaba grato a esa estirpe de profesores: el principio leninista de que el triunfo de la revolución es una cuestión esencialmente educativa, que el espíritu proletario es algo que hay que enseñar. Sin embargo, su propia paranoia, manifestada radicalmente en la ocultación no solo de los cuadros, sino del propio partido, y su debilidad, intensificaron la locura supuestamente reformadora, convirtiéndola en un proceso aún más destructivo que el ocurrido en la URSS de Stalin y en la China de Mao. El supuesto proceso de reeducación se convirtió prácticamente siempre en un simple proceso de confesión y ejecución. El caso de Kaing Guek Eav, Duch, es paradigmático. El antiguo profesor de matemáticas dirigiría la prisión S-21 hasta que fue tomada por las tropas vietnamitas, redactando sus reglamentos y el manual de interrogatorios. Duch, que había sufrido torturas y estado preso en las cárceles de Lon Nol, desplegaría un resentimiento inhumano oculto bajo una gélida búsqueda de lo que él consideraba la verdad, que siempre terminaba en una biografía espontánea, luego corregida mediante torturas diseñadas para desvelar la razón que siempre exigía un resultado definitivo: la muerte. El diseño se hizo por esos intelectuales que veneraban un tipo de hombre que ellos nunca habían sido, pero para llevarlo a la práctica escogieron sobre todo a personas no instruidas y, en particular, a niños de incluso doce y catorce años. Los *hermanos*



mayores eran los dirigentes. Muchos formaban parte de los que en los años sesenta habían obtenido una instrucción que no les servía porque se topaban con la gigantesca corrupción del régimen de Sihanouk, y que terminaron atraídos sobre todo por la brillantez de líderes como Khieu Samphan, Hu Nim y Hou Youn. Muchos de ellos fueron purgados en cárceles como S-21. Cada purga iba reduciendo los cuadros del partido y cada vez eran más jóvenes y menos instruidos los que los sustituían, los verdugos que serían ejecutados por la siguiente generación de verdugos. Al final, solo el 25% de los carceleros de S-21 tenía más de veintiún años. El núcleo duro sobrevivió a las purgas, con la excepción, y es perfectamente lógico que sea así, precisamente de los más brillantes y, curiosamente, de los que tenían un origen más humilde: Hou Yuon murió en 1975 en circunstancias no aclaradas, pero tras manifestar críticas a sus compañeros de dirección, y Hu Nim fue detenido, torturado y ejecutado en 1977 en S-21.

He hablado del grupo de los traidores, pero la voluntad genocida se demuestra en las otras dos categorías de perseguidos. La segunda es la del «subpueblo», los intelectuales, la gente con algún tipo de formación (incluidos especialmente los comerciantes), relacionada con el antiguo régimen y no reeducable. Más del 50% de los que fueron incluidos en esta categoría, a veces simplemente por llevar gafas o no tener callos en las manos, fue exterminado. Como ejemplo, solo cuarenta y ocho de los cuatrocientos cincuenta médicos que había en Camboya en 1975 vivía en 1979. Aquí también se incluyó al clero, con una violencia tan salvaje, que solo unos mil de los sesenta mil monjes budistas salvó su vida. Precisamente por pertenecer a esta categoría, y no por un criterio racial, murieron tantos *cham* (cerca de un 35%), ya que la mayoría eran musulmanes, y tantos católicos (cerca del 50%) y vietnamitas (cerca del 40%). En el caso de los vietnamitas (fuertemente masacrados por el régimen anterior, en el contexto de la guerra de Vietnam) influyó también la invasión que acabó con el régimen jemer y la paranoia de alguno de sus máximos dirigentes que siempre habían creído en un plan de dominación vietnamita. El ejemplo más notorio, rodeado por oscuras evidencias de auténtica enajenación mental, es el de la primera esposa de Pol Pot, la *Hermana número uno*, obsesionada desde la década de los sesenta por ese supuesto peligro. Mostrada como una especie de símbolo, al modo de Jiang Quing, la viuda de Mao, Khieu Ponnary, afectada por brotes de paranoia y esquizofrenia, terminó al cuidado de su hermana y su cuñado, Ieng Sary, sin saber que Pol Pot la había abandonado y se había casado de nuevo. Murió en 2002. Se calcula que las muertes directas realizadas entre los dos primeros grupos, los traidores y el «subpueblo», alcanzaron una cifra de entre cuatrocientas



mil y seiscientas mil personas.

Nos queda el tercer grupo objeto de genocidio. Se trata del «pueblo nuevo», definido así en contraste con el viejo pueblo campesino. Eran los habitantes de las corruptas ciudades, la mayoría de ellos obreros, empleados y muchos incluso campesinos refugiados en Phnom Penh, como consecuencia de la guerra civil. Se los etiquetó como los del «75» porque habían permanecido en las ciudades y no se habían unido al movimiento de los jemeres antes de la caída de la capital. Eran en teoría reeducables y para ello fueron dispersados en comunas populares, en las que iban a conocer las condiciones de vida del campesinado, empapándose del espíritu que les libraría de pertenecer a la categoría de enfermos. La sobremortalidad en este grupo es, sin embargo, tan elevada (más del 40% de los habitantes de las regiones más urbanizadas murió en esos años), que resulta difícil no creer en la existencia de una voluntad auténticamente genocida. Las condiciones de insalubridad, la insuficiente alimentación y el trabajo agotador, unido a las ejecuciones directas de naturaleza arbitraria o por infracciones nimias de reglamentos rigurosísimos son un diseño por desgracia conocido en otros ejemplos de genocidio. Así, muchas comunas se situaron en regiones pantanosas, en las que los prisioneros, separados de sus familias y agrupados los niños en zonas aparte, vivían y dormían al descubierto. La ración de comida (básicamente arroz) era la tercera parte de la de un trabajador normal y los ancianos, mujeres y niños recibían cantidades aún menores. Las jornadas de trabajo eran terribles, de hasta catorce horas diarias y con un día de descanso de cada diez. Se hacían patrullas de trabajo con los adolescentes y se les enviaba a lugares alejados del campamento a realizar labores más peligrosas y duras. No se reconocía la enfermedad, a la que se calificaba de producto de la mente. Caer enfermo equivalía a no cumplir con los objetivos de trabajo, ser castigado, recibir aún menos comida y morir en última instancia. Los campos estaban repletos de informadores, casi siempre niños, que denunciaban las conductas desviadas en las sesiones de autocrítica y que casi siempre terminaban en castigo y muchas veces en la ejecución, a golpes o por asfixia, para ahorrar munición. Hay, como se puede suponer, diferencias entre campos, pero todo el sistema parecía diseñado sobre un principio: la exterminación de todo el que no fuera capaz de adaptarse a un modelo ideal, el modelo al que nunca habían pertenecido y al que nunca pertenecieron sus creadores. Porque, como es obvio, la clase dirigente nunca dejó de ser lo que siempre había sido.

Durante mucho tiempo se negó el genocidio camboyano. Que fueran precisamente los comunistas



vietnamitas los que abriesen el museo del genocidio, tras la derrota de los jemerres y que, en los años siguientes, Pol Pot fuese protegido por el mundo occidental, en su condición de peón importante en el control del país, en la coalición antivietnamita, fue una de sus razones. Tras la retirada vietnamita en 1989, los acuerdos de paz de París, en 1991, directamente omitieron el genocidio, y los genocidas pudieron integrarse en el nuevo sistema. Es cierto que Pol Pot, en 1993, volvió al bosque con un grupo de antiguos jemerres rojos, pero una amnistía del nuevo Gobierno, en 1994, provocó que fuese abandonado por la mayoría de sus simpatizantes y su movimiento desapareció tras su muerte en 1998. Así, la mayoría de los genocidas pudo integrarse, convivir e incluso mandar sobre, en ocasiones, muchas de las víctimas o de los familiares de las víctimas de sus crímenes. Los casos más sangrantes son lo de Ieng Sery (indultado por Sihanouk en 1996) y su esposa, que formaron un partido político, y terminaron controlando la zona de Païlin, en la que mediante el contrabando ilegal de madera y piedras preciosas se hicieron ricos. Cuando en 2007 fue detenido por fin, por orden del tribunal camboyano que empezaba a juzgar a los jemerres rojos, vivía en una mansión en Phnom Penh. No llegó a ser condenado y murió en 2013, de un ataque al corazón. Kieu Tirith aún vive. Fue juzgada y condenada, pero en 2011 se declaró su incapacidad mental. Kieuou Samphan y Nuon Sea también vivieron sin problema alguno hasta 2007, momento en el que fueron arrestados. Hace cuatro meses fueron condenados a cadena perpetua. Tienen ochenta y tres y ochenta y ocho años respectivamente. Hasta 2011 Nuon Sea no admitió sus crímenes.

En cuanto a los restantes miembros de esta galería de horrores, Son Sen llegó a comandar el ejército jemer en los años de lucha contra los vietnamitas y tras los acuerdos de paz incluso se integró en el primer Gobierno anterior a las elecciones. Fue asesinado con trece miembros de su familia en 1997, por órdenes de Pol Pot. Duch, en cambio, huyó, oculto como un refugiado más, a Tailandia, cambiando su nombre. Se hizo comerciante hasta que en 1992 se decidió a volver a su país. Allí se hizo bautizar en una iglesia cristiana evangélica y se dedicó a la enseñanza durante años. Sus alumnos lo llamaban el «gran profesor» y todos querían estudiar con él: alababan su trabajo obstinado y cariñoso con los niños, su insistencia en explicar las lecciones hasta que todos las entendían. Guardó silencio hasta que, en 1998, tras escuchar a Pol Pot decir, en una entrevista dada por este antes de su muerte, que S-21 no había existido, se puso en contacto con un periodista británico al que confesó no solo que la prisión había existido, sino que él, que la había



dirigido, se arrepentía de sus crímenes. Arrestado en 1999, esperó en prisión durante años a que por fin el Gobierno camboyano retirase sus obstáculos a la constitución de un tribunal en Camboya que juzgase el genocidio. En 2008, dentro del proceso, volvió a visitar S-21 y tras echarse a llorar pidió perdón a las víctimas. Fue juzgado y condenado a treinta y cinco años de prisión y más tarde a cadena perpetua. Aún vive.

El genocidio camboyano es un crimen sin castigo. Un crimen que intentó justificarse por las condiciones previas: las persecuciones y matanzas salvajes en Indonesia de comunistas; la dictadura prooccidental de Lon Nol, ayudada por la estúpida y criminal campaña norteamericana de bombardeos en los estertores de la guerra vietnamita; incluso se ha relacionado con las propias costumbres camboyanas, en particular la institución del *kum*, la llamada venganza desproporcionada, basada en los modelos de la poesía épica del país, y que autoriza una respuesta mucho mayor que la ofensa como venganza. Sí, el resentimiento y la venganza por las ofensas y crímenes, en su mayor parte reales, están ahí, pero sin el corpus teórico que esos profesores camboyanos adquirieron en Occidente y que se encuentra en la base de los otros genocidios y masacres comunistas, nunca habría dado lugar a un proceso tan meticuloso y científico. El llamamiento a la venganza de clases, a la extirpación del tumor, la infección encarnada en los ricos se llegó a plasmar en su himno nacional que terminaba diciendo: «No dejéis con vida a ningún imperialista reaccionario: echadlos de Kampuchea. Movilizaos y golpead». Pin Yathay, el ingeniero que perdió a todos los miembros de su familia en uno de los campos de reeducación, escribió un libro sobre sus experiencias en el que incluye la siguiente nana, que reproduzco de *El siglo de los genocidios* de Bernard Bruneteau, del que he extraído tantos datos para este artículo:

Hijo, ¡recuerda! Tu padre ya no existe. Era un puro revolucionario ... Acuérdate de su sangre, esa sangre que manaba a chorros. Era tu sangre la que manaba a chorros bajo los golpes de nuestros enemigos de clase ... Debes guardar en tu corazón el odio de los opresores burgueses, capitalistas, imperialistas y feudales. Te toca vengar a tu padre. En adelante te tocará vengarte para proteger a tu clase.



Restos de víctimas de los jemerres rojos en Phnom Penh, Camboya. Fotografía: Istolethetv (CC).

